

DISCURSO DE INGRESO EN A S E M E Y A

REFLEXIONES SOBRE
LA SALUD Y LA HIGIENE EN EL MADRID DE LA
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

1

. Excelentísimos Señores...Maestros...Compañeros...Amigos todos

Inexcusablemente debo comenzar mi discurso manifestando un o agradecimiento por el inmerecido privilegio que me es ofrecido por la Junta Directiva, para pertenecer a un ateneo cultural médico de la categoría de la ASEMEYA. n mi gratitud, mi devoción y mi promesa de entregar a la Asociación lo mejor que de mi pueda ofrecer en estos dos campos de la Literatura y la Pintura.

He titulado esta conferencia: <<REFLEXIONES SOBRE LA SALUD E HIGIENE EN EL MADRID DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX>> porque es mi propósito encarar esta charla con la idea de hacer un repaso, de forma muy somera, del esfuerzo que significó para la capital de España y para toda la nación, el iniciar el despegue hacia una sanidad moderna, a pesar de arrastrar los grilletes de las penurias y miserias sociales consecuencia de un dramático pasado reciente. Había que desafiar con resolución decidida la compostura de un sistema sanitario que se alejara de aquellos axiomas tradicionales sobre salud e higiene e ir asimilando los nuevos descubrimientos científicos que en este periodo llegarían como un maná del saber médico y técnico. Sería imprescindible para ello la adquisición de una conciencia clara sobre la necesidad imperiosa de luchar por una sanidad pública, que habría de llegar a remolque de la evolución científica que ya rompía en toda Europa aquellos muros que detenían su avance. Para mi empeño voy a seguir en lo posible las noticias encontradas en la prensa de la época, que nos darán luz sobre la vida de las gentes de este alborotado siglo XIX.

.

*

El recorrido por el sendero histórico, por el que peregrina la vida del hombre, nos ha permitido iluminar nuestro pasado con el fulgor de grandes maestros de la Medicina que, como estrellas fugaces, embellecieron el universo del saber alrededor del arte de sanar en su tiempo, dando testimonio de la capacidad deductiva, y de la intuición del hombre ante la contemplación de su propia naturaleza, a pesar de desenvolverse con frecuencia en un medio intelectualmente hostil.

Otra cosa vendría a ser la idea de prevención de la enfermedad a través de una adecuada higiene, y de un concepto global de “salud”, tanto en el mundo antiguo, como en el Medioevo, el Renacimiento, el Barroco, el Romanticismo, y sobre todo la Ilustración, periodo en el que tuvo lugar la auténtica revolución intelectual contra las clásicas ideas sobre el arte de sanar y su relación con el medio.

Pero todos aquellos deficientes juicios acerca del concepto de enfermedad, han venido arrastrándose durante siglos, con resultados catastróficos para la población europea que sufriría mutilaciones espectaculares en su censo, en virtud de los azotes epidémicos y endémicos debidos, generalmente, a enfermedades infecto-contagiosas y carenciales.

en la segunda mitad del siglo XIX, la enfermedad y la salud son ideas paralelas, la experimental adquiere el protagonismo necesario, y el hombre alcanza conciencia de que no basta con saber curar las enfermedades, sino que es tan importante ar las vías de transmisión, aportando las medidas encaminadas a adquirir un adecuado estado de bienestar del ciudadano.

**

Bien, pues ha llegado el momento, de paladear los hechos cotidianos que dan sentido a esta conferencia. En lo sucesivo, como ya he anunciado, voy a seguir, en lo posible, el guión que me han de marcar las reseñas que he podido encontrar en la prensa de la época. Manejaré principalmente los artículos que he localizado en los siguientes diarios:

“La Iberia”

“La Esperanza”

“La Correspondencia de España”

“El Imparcial”

“El Siglo Futuro”

“La España”

“El Pensamiento Español”

“La Época” y

“La Discusión”

Asimismo me apoyaré en opiniones del prestigioso Dr. D. Antonio Espina y Capo, de José Cepeda Adán y de algunos literatos del XIX, y todo ello con la intención de esbozar el deficiente cuadro del estado higiénico-sanitario de aquella época, a caballo de los acontecimientos que resultaron más mediático.

Pues bien, la primera novedad, respecto a la medicina del siglo XIX, que se me ocurre comentar es que desde 1850 el médico se transforma en un auténtico científico, invitado a participar en calidad de autoridad sanitaria en todos aquellos eventos imprescindibles para la implantación de una adecuada calidad de vida, tan necesaria para la recuperación de una salud social adecuada.

*

Y ahora centrémonos en cuáles fueron aquellos condicionantes que hicieron posible el avance definitivo desde el punto de vista higiénico y sanitario, en la capital de España. Varios fueron los cimientos que soportaron aquel progreso, y el principal de ellos, para Madrid, sin duda alguna, sería LA TRAJIDA DEL AGUA DEL LOZOLLA.

En 1.860 la prensa anuncia, ya de forma oficial la tan esperada llegada a la Corte de la vivificante agua a través del canal de Isabel II, cuyas obras fueron iniciadas en 1.851, salvando una distancia de 77 Kilómetros, y que permitieron la construcción de un buen número de fuentes públicas más de las ya existentes. No obstante las obras de acondicionamiento continuaran 5 años aún, bien es verdad que entre las protestas de los vecinos y de los diarios de la época, que deploraban la calidad de un agua totalmente encenagada, y con frecuencia llena de vida, pues que además coincidían con las obras del nuevo alcantarillado y del alumbrado de gas, ya que hasta entonces la iluminación se conseguía a base de candilejas de aceite; pero sobre estos temas volveremos más tarde. Ahora centrémonos en las medidas higiénico-sanitarias e

iniciarse merced a la concurrencia de este cambio hidráulico entre la población madrileña.

No será hasta los alrededores de 1.870 cuando al fin desaparecerá el popular ARROYO ubicado en el centro de las calles madrileñas, auténticos canales por los que drenaban las inmundicias y cochambres vecinales, tal como predicaba la convicción popular entre los domiciliados de la villa que venía a testimoniar que todo aquello que estorbaba dentro de las casas debía ser arrojado a la calle de “todos”, haciendo célebre la voz de: ¡AGUA VA¡.

Este arroyo central de las, como mucho, adoquinadas vías, ha dejado en el decir popular frases como: “recoger a alguien del arroyo”, o plantar a alguien o algo “en medio del arroyo”. Pero estos usos, poco a poco irán desapareciendo con la llegada del agua.

El insigne Dr. D. Antonio Espina y Capo comenta en su primer libro de memorias:

<<Así como en la Medicina hay dos épocas completamente distintas, antes de Pasteur y después, así en Madrid (del siglo XIX) hay dos épocas completamente distintas, antes del Lozoya y después del Lozoya>>. Tan trascendental resultaría este ío de la llegada de las aguas a la capital para la salud de los madrileños.

Si meditamos con detenimiento sobre este acontecimiento viajando con mente al pasado decimonónico, no podemos por menos que, desde nuestro cómodo estado de bienestar, escandalizarnos cuando pensamos en aquel Madrid anterior al nal, que el mismo Dr. Espina describe como: <<Sediento y árido; sucio y maloliente, de los años 1.850 a 1.860. Parece mentira -afirma- que en medio de aquella escasez de agua se pudiera vivir sin más baños que los de la calle Jesús y María y los de Oriente, para toda la población. Sin urinarios en las calles, ni retretes caseros; barriendo en seco... y con tal cúmulo de enfermedades cutáneas y parásitos corporales, que asusta pensar en aquellos tiempos>>.

Pero, entonces, vamos a ver... Antes del Canal de Isabel II ¿Cómo se surtía de agua a Madrid? La respuesta está en LOS VIAJES DE AGUA: Se trataba de conducciones de agua que se dirigían por canalizaciones situadas en un entramado de numerosos laberintos de galerías subterráneas, desde manantiales o fuentes naturales, hasta surtidores y caños de pilones públicos.

. Ahora bien, en la segunda mitad del XIX, los Viajes de Agua eran ya, no sólo insuficientes, sino además perniciosos para la salud, por la facilidad que tenían para contaminarse de filtraciones fecales.

Esta magna obra, posiblemente el mayor acierto del infausto reinado de Isabel II, trajo consigo una esperanzadora y decisiva transformación social y sanitaria a los aperreados habitantes de la Villa y Corte.

Un año después, en 1.861, el 1 de Febrero, ya se anuncia la colocación de bocas de riego y de incendio en las calles de la Luna, de San Roque, del Pez, Ancha de San Bernardo y otras. Pero el caudal de esta agua no era constante, y en tiempo estival solía resultar decepcionante la cicatería de los caños públicos.

En general las aguas de “Los Viajes” eran frescas, pero muy mineralizadas, lo que a veces impedía cocer las legumbres y formar espuma con el jabón, lo cual resultaba un auténtico problema para llevar a cabo la colada de la ropa y guisar el inexcusable cocidito madrileño.

También era, asimismo, de uso cotidiano, en las casas con posibles, el servirse de los aguadores –gallegos o asturianos por lo general- , gremio que llegó a alcanzar un número de hasta 14.000 personas, que cobraban de 3 a 5 pesetas por servicio.

Nos cuenta el Dr. Espina que el aguador era un personaje muy apreciado por su honradez, hasta el punto de que se le dejaban las llaves de la casa para que él mismo llenara la tinaja, una vez la hubiera limpiado, como era, al parecer, su obligación. La indumentaria de estos esforzados braceros solía coincidir con el traje de Iguualmente se podía acceder al preciado líquido en los puestos de agua instalados en algunos paseos, por aguadores y aguadoras que portaban las vaseras de latón con vasos, y una botija, y vendían su mercancía que solían servir acompañada de un azucarillo.

*

Bien, pues volviendo a fijar nuestra atención sobre el efecto benefactor de la corriente agua del Lozoya, no solo para el consumo sino también para el uso del menester higiénico, vamos a recordar un Bando editado por D. José Osorio Silva, duque de Sesto, Alcalde Corregidor de Madrid, en Febrero de 1.863: <<Hago saber que hacen falta urinarios en Madrid, y que nadie debe orinar en la vía pública, so pena de multa, y el que no la pague irá a la cárcel pública>> y que da idea de la necesidad de reordenar los servicios públicos sanitarios de la capital

Y bien parece que el Sr. Alcalde se tomó en serio su propio bando, pues que en otro, cinco meses después, hace saber que: <<Muy pronto quedará terminado en la calle de Caballero de Gracia, junto a la de San Miguel, un bonito retrete público. Este y el que se está construyendo en la Red de San Luís, son de bonita forma y servirán de modelo para los demás que se van a establecer y que no dudamos tengan general aceptación si se colocan en sitios convenientes>>.

Aún 23 años más tarde, “La Iberia” anuncia que: <<El Ayuntamiento de Madrid trata de establecer retretes públicos en las plazas de Madrid que tengan forma de Kiosco>>.

Poco a poco, como se puede ver, el agua del Lozoya va cambiando el aspecto sanitario de la capital, y la mentalidad del pueblo y de los responsables de la salud pública en todos sus dominios.

Hemos de tener en cuenta que, incluso cuando el empedrado de las calles se generaliza, al menos en las vías principales de la Villa, en tiempo seco y a la caída de la tarde, Madrid se veía envuelto en auténticas nubes de polvo que invadía las calles y penetraba en las casas, provocando, no solo molestias, sino enfermedades en los ojos y vías respiratorias, en virtud de la porquería que le acompañaba. A ese respecto podemos leer en la prensa: <<se hace cada vez más necesario instalar las cañerías de agua en el barrio de Argüelles. El polvo es insoportable...>>

Más a pesar de todo esto, y como contrapartida, en tiempo húmedo, Madrid era un barrizal intransitable, frío y sucio. Esta circunstancia invernal se hizo mucho más manifiesta, para fastidio de los vecinos, durante los años que duraron las obras del ensanche.

Pero no sólo la contaminación dependía del suelo, y no siempre las aguas del Lozoya fluían limpias y cristalinas sobre todo en sus principios. Para sorpresa de todos, el diario “La España” nos informa que: <<En las fuentes de Madrid procedentes de Lozoya han aparecido anguilas>> que digo yo que ¿de donde habrían salido semejantes peces migratorios? En realidad no tengo claro si se trataba de un aviso de alarma o una oportunidad gastronómica.

Incluso aún en 1.878, “La Iberia” se quejaba: <<El Ayuntamiento de Madrid es atacado continuamente a causa de las aguas llenas de fango que corren por las fuentes de la capital>>

*

Si, como hemos considerado la traída del agua a las viviendas resultó un acontecimiento de importancia clave para elevar la calidad de vida y la salud de los madrileños, otros adelantos técnicos fueron también de vital importancia:

Muy festejado resultó también el cambio en el alumbrado, tanto público como privado, y que comenzó su andadura entre los años 1.853 y 1.854. Hasta ese momento, el alumbrado público venía a cargo de faroles de aceite que cargaban y encendían los faroleros, a la caída de la tarde, con su escalera al hombro y su aceitera. En las casas se valían de velas de sebo y palmatorias o candiles; pero llegó el gas, un gas fabricado con la mezcla de carburos de hidrógeno con otros gases y obtenido por destilación del carbón de hulla, técnica descubierta en 1.786 por el francés Lebon, y que se proveía desde una central. Aunque en 1.805 ya se usaba en Inglaterra el gas de alumbrado, no comenzó a instalarse en Madrid hasta medio siglo después.

“La Correspondencia de España” comentaba el 2 de Febrero de 1.876:

<<El municipio ha expedido ya las convenientes órdenes para dotar de alumbrado de gas al Viaducto de la calle de Segovia>>, y añade el 5 de Abril: <<Se estrena el alumbrado de la calle de Segovia, colocando 10 faroles iguales a los de la Puerta del Sol>>, lo cual nos induce a pensar que en estos dos meses la moderna iluminación se comenzó a instalar de forma decidida en la capital.

No obstante, ya por estas fechas las investigaciones llevadas a cabo por Swan, en Gran Bretaña, y Edisón, en EEUU, con la lámpara de filamento incandescente, comenzaban a dar frutos esperanzadores. En 1.879, conseguirían, ambos por separado, fabricar la lámpara de vacío con filamento de carbono.

En fin, nuevamente en 1881, serán “La Iberia” y “El Siglo Futuro” quienes van a insistir sobre la instalación e inauguración de ALUMBRADO DE GAS en el Retiro y la Puerta del Sol (donde pasarán de 6 a 24 faroles de gas), a pesar de que al año siguiente, el 25 de Mayo de 1.882, a la 1 de la madrugada tiene lugar la prueba. El 15 de Septiembre de 1.883, el pueblo de Madrid conoce por la prensa que: <<La comisión de Obras Municipales ha aprobado la instalación de una máquina eléctrica en los jardines del Retiro con objeto de tender los cables que engendren luz en la calle de Caballero de Gracia, Puerta del Sol, Montera, Carretas, plazas del Ángel y Santa Ana, Prado y Carrera de San Jerónimo, hasta el punto de instalación>>.

De cualquier modo la luz eléctrica ha llegado, y a renglón seguido de la luz de gas, hechos sobre los que, contemplados desde la perspectiva de nuestra época, resulta muy difícil valorar la importancia que tuvieron en el avance hacia una sociedad más saludable e higiénica

Pero una cosa es la luz, y otra muy distinta el calor en el hogar. El invierno en Madrid es muy duro, y mucho más hace siglo y medio, y el brasero no era suficiente para vencer el frío dentro de las casas. De modo que, como una temida maldición, aquellos duros inviernos ¡cuantas vidas se llevaba por delante cada año!

Y era la miseria. La penuria, el hambre, la necesidad y la falta, muchas veces, de los recursos más básicos, los aliados de las inclemencias climatológicas para desencadenar el Apocalipsis sanitario matritense durante los inviernos.

Y en ello no exagero un ápice. El diario “La Iberia” informa a sus lectores de que el número de pobres socorridos durante el año 1.860 por las Juntas Parroquiales de Beneficencia ha sido de 28.689 –equivalente a 79 al día- invirtiéndose para este fin 60.863 reales, en dinero, y 842.469 en especie. Además, según “El Pensamiento Español”, durante ese mismo año de 1.860, <<la Beneficencia Municipal de Madrid ha socorrido a domicilio y en las Casas de Socorro, con limosnas, medicinas y médicos a 18.355 enfermos -50 al día- siendo por ello muchos los aliviados>>

La pobreza constituía un status social más y así era reconocido por las Serás “La Correspondencia de España” quien abundará sobre el tema cuando nos informa de que <<Se ha establecido una consulta gratuita medico-quirúrgica para los enfermos pobres, en la calle de Preciados nºs 49 y 51. Está dirigida por el profesor D. Juan Candela y García, y se propone ser la base de un establecimiento de más latos beneficios>>

O también “La Iberia” en 1.872: << Ha salido para Alicante la primera expedición de pobres enfermos a quienes la Reina (Victoria, esposa de Amadeo I) costea el viaje y la manutención para que puedan tomar los baños de mar>>

Finalmente remataremos este somero retrato acerca de la creciente sensibilidad existente sobre las necesidades de la muy abundante clase menesterosa, que acogotaba al pueblo madrileño del XIX, con algunos testimonios gacetilleros de la época y los recursos para paliarla y administrarla en aquellas fechas:

En Enero de 1.875 nos informamos en “La Correspondencia de España” de que <<Los socorros en especie, para las clases necesitadas, con que solemnizará el Ayuntamiento la venida de S.M. (Alfonso XII) el día de su entrada en esta capital, consistirá en 20.000 raciones de arroz, bacalao, patatas, y pan que se repartirán en las 10 alcaldías y 6 Casas de Socorro>>

O la noticia que advierte: << Se avisa a los ciegos que tienen licencia para situarse en varios puntos de la capital a cantar oraciones, a fin de que se presenten los días 2y 3 de Febrero a entregar dichas licencias para canjearlas por las nuevas correspondientes al presente año>>

“La Época” revela: << Se insinúa a la Beneficencia el utilizar el método alemán de recoger tabaco – puntas de puros, mediante buzones en bares etc.- venderlo y comprar algo útil>>

La misma “Correspondencia de España” se descolgaba con: << Un caso de miseria se ha socorrido por las damas de la Congregación de Jesús: a un señor mal vestido, pero de buenos modales, que vivía en una cueva más arriba del barrio de Salamanca con sus hijos, que estaban desnudos, se le socorrió con 3 pesetas>>

El mismo diario en 1.888 afirmaba que existía un << proyecto de construir una sociedad contra el infanticidio y el abandono de niños en la vía pública que se registran en la Corte >>

No voy a aburrir con más reseñas de prensa que testimonien sobre las abundantes y variopintas formas de combatir a trancas y barrancas la pobreza, o al menos minimizar sus trágicas consecuencias para tantos vecinos de la Villa y Corte.

Pero no era, en realidad, la penuria un azote exclusivamente por sí misma, sino que arrastraba tras de sí un torrente de males sobre la salud que se sumaban a la tragedia. “La Iberia” en 1.882 sugería: <<...la necesidad de hacer desaparecer del interior de Madrid las tiendas de mondonguerías, por sus malos olores>>

O, en la misma línea, leemos este curioso anuncio: << Subasta: A consecuencia de haber fallecido la persona encargada del servicio de sacar los animales muertos de Madrid, es probable que el Ayuntamiento anuncie la subasta pública de este servicio. Dios quiera que no quede el remate, cuando llegue el caso, a favor de ningún salchichero>> Sin comentarios.

O, también: << El Teniente de Alcalde del distrito del Congreso ha inmovilizado en 8 establecimientos de carne, varios trozos que se hallaban en estado de descomposición>>

Por su parte, Mesonero Romanos comenta que los habitantes de Madrid ...<< Abandonaban sus míseras viviendas arrastrándose moribundos a la calle para implorar la caridad pública, para arrebatarse siquiera no fuese más que un troncho de

verdura, que en época normal se arroja al basurero>>, lo cual se me antoja, no obstante, algo exagerado.

*

Y ahora retomemos los añadidos problemas climatológicos que ya hemos comentado anteriormente que hacían difícil la vida de los vecinos de la capital, pues que la climatología de la Corte no se avenía en absoluto al sostenimiento de la buena salud del madrileño, lo que resulta patente si atendemos, a dichos y chascarrillos del vulgo que aseguran que <<en Madrid había 9 meses de invierno y 3 de infierno>> o también <<Madrid con su aire sutil mata a un vecino y no apaga un candil>>

El mismo poeta Jacinto Salas, fundador de la revista “No Me Olvides”, dejó escrito:

Aún las posadas más sanas
Si son de Madrid nacidas
Tienen que hacer sus comidas
De píldoras y tisanas

Por cierto que las posadas, casa de huéspedes, fondas y alojamientos en general, eran famosos por su incomodidad, suciedad, mala e insalubre alimentación y variedad de artrópodos. El Dr. Espina decía que el forastero que venía a Madrid, si era invierno, se moría de frío y si era verano se lo comían las chinches. La paupérrima situación sanitaria conducía al desarrollo de un surtido repertorio de enfermedades contagiosas.

La primera epidemia de cólera del siglo viene informada en el año 1.834, suceso que acabó en un baño de sangre pues que el pueblo fue convencido de que los culpables habían sido unos frailes que hubieron envenenado el agua, y se lanzaron a asesinarlos sin piedad. Desgraciadamente este dislate no era la primera ni la última vez que habrá de estremecer al ciudadano madrileño, espectador horrorizado ante semejante crimen.

El 7 de Abril de 1.866, “La Correspondencia de España” pintaba un cuadro bastante desconsolador del estado patológico del ciudadano de aquel momento: << En las últimas semanas en nada han variado las enfermedades reinantes, pues continúan las calenturas gástricas, las intermitentes, algunas de las cuales fueron perniciosas, sucumbiendo a ellas rápidamente los enfermos; los dolores reumáticos, las erupciones, con o sin fiebre, los flujos sanguíneos y las irritaciones gastro-intestinales. También fiebres cerebrales, de anginas, de erisipelas, de estomatitis y de fluxiones a los oídos. La mortandad fue muy grande>>

Según “El Imparcial” en 1.887: << Del 21 al 31 de Octubre ha habido en Madrid 602 defunciones. La viruela, la Tb y las pulmonías son las enfermedades que mayor contingente han dado>>

O también “La Correspondencia de España” dos meses después notificaba: << Las enfermedades que producen más muertes en Madrid son las del aparato respiratorio, corazón y Sistema Nervioso Central>>

Sin ir más lejos en 1.885 mueren de cólera en España 120.000 personas, a pesar de que se estuvo ensayando durante esta epidemia la vacuna que el año anterior fabricó el español Jaime Ferrán. Como testimonio mediático de esta plaga podemos leer:

<<La epidemia de cólera se declara oficialmente el 14 de Octubre, mientras se estrenaba en Madrid “La Africana”>>

Podemos registrar que, anteriormente, en 1.863, -el mismo año que el suizo Henri Dunant fundó la Cruz Roja- también tuvo lugar en la capital una epidemia

de cólera. En ese año, “La Época” participaba esta noticia: << Puede darse por extinguido el cólera. Ayer sólo hubo 3 defunciones >>.

Parecida referencia hace “La Iberia”, dos años más tarde en relación con una epidemia de cólera que le costó la vida a un colega entregado a la empresa de curar a los pacientes enfermos de la peste: << D. Ramón Martín Galindo, médico de la Beneficencia, que ha prestado incontables servicios durante la epidemia, ha muerto del cólera >>

No he vuelto a encontrar referencia en la prensa madrileña acerca del cólera, hasta el 8 de Julio de 1.885, en “La Iberia”: << Algunos casos de cólera en Madrid y en Aranjuez; ayer 60 invasiones y 80 defunciones >>

En fin que nuevamente al año siguiente, en la primavera, se recogen más noticias sobre una nueva epidemia que para mayor desgracia coincidiría además con un huracán << que provocó cuantiosas víctimas y daños que se ven de aliviar por el Municipio y donativos – S.M. la Reina (M^a Cristina viuda de Alfonso XII) 500 pesetas >>.

Naturalmente el cólera resultaba un azote contumaz habida cuenta que los desagües de las casas de vecindad, en Madrid venía teniendo lugar sobre pozos negros, - cuando estos existían y no era la vía pública el desagüe- que era necesario desembozar periódicamente por empleados municipales, con el consabido riesgo para las personas. Por otro lado, era inevitable que se produjeran filtraciones de estos pozos hacia los viajes de agua potable, dando lugar, con insistente frecuencia, a epidemias de cólera, fiebres tifoideas, endémicas en Madrid (y causa de la muerte de D^a Maria de las Mercedes de Orleans, primera esposa de Alfonso XII) y otras muchas enfermedades infecto-contagiosas cuya vía de transmisión sea el agua de consumo.

En definitiva que, sin duda alguna, un más adecuado alcantarillado y las nuevas conducciones del canal del Lozoya, redujeron las cifras de morbilidad y mortalidad de manera espectacular.

Lo mismo que ocurría con el cólera y las fiebres tifoideas, también sucedía con otras enfermedades infecto-contagiosas como:

La VIRUELA, de la que solo he podido encontrar una escueta referencia en “La Época” el 20 de Noviembre de 1.875 en los siguientes términos: << En Cercedilla se ha desarrollado la Viruela >>

La DIFTERIA. Existen testimonios que revelan que, de manera oficial, el 15 de Agosto de 1.888 se declaró una epidemia de difteria con 6 u 8 muertos todos los días. El pavor que esta atroz enfermedad provocaba en la población y en las autoridades sanitarias obligará al Ayuntamiento de Madrid a tomar los siguientes acuerdos, según “La Iberia”:

1º- Que se giren visitas de inspección a los asilos de huérfanos y se suspendan las clases en las escuelas de párvulos

2º- En cuanto ocurra un caso de muerte por Difteria, se desinfectará el cuarto y toda la casa

3º- Se habilitará el Hospital de Vallehermoso para que los atacados de Difteria que no tengan medios acudan allí.

La TUBERCULOSIS. En primer lugar tengamos en cuenta que no sería hasta 1.869 cuando se descubriría la naturaleza infecciosa de la Tuberculosis y su transmisión, gracias a Villemin. No obstante, en el Congreso Médico Español de 1.864, apenas 5 años después, aún se debatía sobre la etiología de este mal, que era considerado como: << una enfermedad general cuya causa y localización, resultaba de difícil conocimiento, es decir una manifestación morbosa de un estado patológico general sustentado en una

esión de nutrición, y una degeneración del parénquima pulmonar>> Y si la desorientación afectaba al diagnóstico clínico de los médicos, excuso decir en lo que se refería al tratamiento, durante décadas.

En esta misma línea, el Dr. Espina afirma lo beneficioso que resultaba para esta afección y otras más, como ya se estaba haciendo en el Hospital General, el suministrar a los enfermos su diaria ración de leche de burra, aquella que vendían los burreros que salían <<...a la del alba montando en una pollina, y 2 o 3 delante, con unos collares de cascabeles y campanillas muy característicos, e iba llamando con el llamador que entonces existía en todas las puertas con un repiqueteo y gritaba: ¡ El Burrero!, y entonces el dueño de la casa, en un tazón colocado al baño de María obtenían directamente de la burra la leche>>

En fin que también resultaba muy alta la fatal incidencia del TETANOS, la RABIA, la TOSFERINA, la SARNA, la PELAGRA, las infecciones VENÉREAS, PUERPERALES y posquirúrgicas,...Debemos considerar, para poder valorar con justicia el desconcierto médico de la época que, la noción de infección y contaminación no comenzó a esclarecerse hasta que en 1.867 Lister descubre la antisepsia quirúrgica, concepto que en España tardará aún años en ser digerido.

Por último voy a hacer referencia, entre los azotes epidémicos en los “Madriles”, a la GRIPE, que hacía verdaderos estragos invernales, provocando cuotas muy altas de mortalidad entre la población.

*

A pesar de todos los intentos e innegables logros conseguidos en materia preventiva y de higiene, sería el invento de la vacuna la mayor conquista, en este ámbito de la prevención, de todo el siglo. No obstante el concepto de vacunación, que introdujera Jenner en el vocabulario médico en 1.796, no se generalizó hasta 1.889, lográndose dar el paso definitivo con el perfeccionamiento de la técnica conseguido por Pasteur para la Viruela y para la Rabia.,

Una vez más la prensa de la época nos facilita datos acerca de la existencia de métodos de inmunización que ya se venían utilizando antes de Pasteur:

El 28 de Marzo de 1.863 “La Discusión” informa de la << Inoculación de la vacuna a niños pobres en las parroquias de S. Justo, S. Pedro y S. Andrés y en la Casa de Socorro del distrito cuarto>>

Algo similar comenta “La Iberia” en Febrero de 1.865. Y en el Otoño de ese año: << Una prueba de la superabundancia de auxilios contra la peste es que en el Hospital Provisional de Chamberí, que consta de 100 camas, solo hay 12 ocupadas>>

En realidad, cuando los periódicos se refieren a la peste, están haciendo referencia al cólera. Alusiones similares a las ya referidas encontramos el 3 de Noviembre de 1.868 y el 2 de Mayo de 1.873. A pesar de ello no cabe duda de que todas las medidas que fueron tomándose contra esta plaga y otras, acabaron por surtir algún efecto positivo, si tenemos en cuenta que el censo de Madrid reflejado en 1.877 era de 232.000 habitantes, y 12 años después, ya había crecido hasta los 513.000 moradores, casi el doble.

Al final del siglo, las autoridades ya invierten esfuerzos y dinero, que aún no siendo suficiente todavía, dan motivos para la esperanza.

En Septiembre de 1.890, “La Correspondencia de España” añadirá: << Ayer tarde se ha reunido la Junta Municipal de Sanidad. Se ocupó preferentemente de la epidemia variolosa y de las medidas que deben tomarse>>

Y, en efecto, serán las medidas higiénico-sanitarias las que, en verdad, obtendrán eficaces resultados sobre la salud de los ciudadanos.

*

Ahora un breve recuerdo hacia aquellos hospitales que en el siglo XVIII habían sido concebidos como futuros templos del saber médico, pero que eran todavía en las 5 décadas finales del XIX, en su mayoría, instituciones religiosas: Venían a ser asilos para el socorro caritativo de los pobres; para recoger a los indigentes y enfermos sin posibilidades, que podrían así beneficiarse del acervo clínico de los ilustres profesionales de estas instituciones, cuyo valor médico y científico no podemos poner en duda,

De los hospitales, en esta segunda mitad del siglo XIX, se pueden contabilizar en Madrid alrededor de 40 instituciones hospitalarias y de salud:

Sobre este particular, el 13 de Mayo de 1.873, podemos leer una noticia, cuando menos curiosa a nuestros ojos, en “El Pensamiento Español”: << Se admiten enfermos pobres, de la clase de vergonzantes, de ambos sexos, en el Hospital de Atocha, cuyo asilo, que sólo se sostiene de la caridad, reúne las mejores condiciones higiénicas y la asistencia esmerada. Las enfermedades crónicas o contagiosas no son admisibles. Las solicitudes a la señora presidenta que vive en la calle de Lope de Vega 45, bajo>>

O también 10 años después: << Con el fin benéfico de atender a los pobres que al abandonar los hospitales se encuentran sin recursos, y ofrecer una estancia a las personas que vienen a sufrir en Madrid operaciones quirúrgicas y no tienen familia en la Corte se ha establecido en la calle del Pacífico 7 la Casa de Salud y de Convalecientes de Ntra. Sra. Del Rosario>>

Ya hemos comentado que la gran mayoría de hospitales, por no decir todos, se sostenían total o parcialmente con las aportaciones caritativas, y en su mayor parte quedaban bajo el control de alguna orden religiosa. Esta indigente situación hospitalaria podemos verla reflejada, por ejemplo, en la necesidad que tenían de los más elementales medios para llevar a cabo su función, hasta el punto de recabar en la prensa la caridad ciudadana para que contribuyera donando TRAPOS para vendajes de los enfermos pobres, e HILAS, hebras que se sacaban de un trapo y se apilonaban en ovillos para usarlas para curar las llagas.

De estas peticiones encontramos referencia en los diarios de 1.865, de 1.876, de 1.882, o en de Marzo de 1.874, y en esta ocasión la solicitud que redacta “La Iberia” es angustiosa: << La sección de la Cruz Roja del distrito de Hospicio, ha resuelto nombrar comisiones que pasen a las casas en la presente semana, para recoger el material sanitario que tengan a bien los vecinos para los heridos de la guerra>> (Tercera Guerra Carlista)

*

En definitiva no cabe la menor duda que la bendita traída del agua del Lozoya, agua fresca y cristalina –cuando llegó a serlo- y el hecho de que esta agua llegara a alcanzar a la mayoría de la población, gracias a su introducción progresiva dentro de las casas, favoreció la mejora de los servicios sanitarios domésticos e incentivó el aseo personal. Junto a ello la llegada del alumbrado de gas, y a renglón

seguido el eléctrico y una nueva mentalidad acerca de la imprescindible higiene personal, pública y en la alimentación, por parte de los servicios gubernativos, aportaron a la capital un aire de progreso sanitario imprescindible.

Un conocimiento más amplio de las posibilidades de una sanidad fresca y avanzada, deudora de la prevención e incorporación de los recientes descubrimientos, y la renovación y creación de hospitales al alcance de una medicina científica e investigadora y mayores posibilidades para sanear la capital, condujo al despertar de una más desarrollada salud ciudadana.

Pero el camino fue muy difícil. Muchos factores indeseables erizaron de obstáculos la andadura hacia un deseado y deseable mejor mañana.

No obstante este pueblo de un Madrid tradicionalmente alegre, murmurador y hospitalario, descuidado sobre su precaridad higiénico-sanitaria, nunca dejó de reír, bailar y celebrar en cuanto tenía la mínima oportunidad, y si no la tenía la inventaba.

La investigación médica avanzaba de forma imparable en Europa y también en España, cosechada por mentes prodigiosas. Sus progresos iban siendo aprovechados por los médicos más eminentes de la práctica clínica y la cirugía, si bien todavía de forma aislada e individual.

En el siglo XIX, y principalmente en su 2ª mitad, me atrevo a afirmar que tuvo lugar una indudable Edad de Oro para las Ciencias, las Artes y la Técnica. Pero en la capital de España, el necesario progreso social y político quedaba aún muy retrasado, (Aunque ya se agitaban inquietudes que estallarían en la 1ª mitad del siglo XX) y conceptos como epidemiología, higiene y salud laboral, por ejemplo, resultaban conceptos demasiado futuristas.

Sería, pues, poco a poco, y con un gran esfuerzo, pero las generaciones de los últimos 50 años, hemos podido disfrutar de un nuevo concepto de higiene al amparo de la tecnología más avanzada; de una vida más saludable y de una sanidad universal y competitiva. El reto que lo fue planteado a nuestros antepasados decimonónicos ha sido vencido. Sepamos hacerle los honores.

*

Y, ahora, como colofón a esta charla, voy a hacer referencia a una noticia que pude encontrar casualmente, mientras rebuscaba entre las gacetillas de la prensa de la segunda mitad del siglo XIX, en el diario “La Correspondencia de España” el 6 de Febrero de 1.890:

<< El concejal Sr. Gayo pidió que, a semejanza de lo que en la Diputación y otras corporaciones se hace, se consigne un donativo para la Sociedad de Escritores y Artistas>>

Que digo yo que mal no vendría a nuestra Asociación algún concejal o diputado, con parecida sensibilidad ante nuestros requerimientos económicos.

Y bajando de la nube de los sueños imposibles solo me queda agradecer a los presentes su atención y su paciencia...Muchas gracias.